



brecida? ¿es el buho que grazna desacomodadamente? es un lobo que ahulla? ¿es el ruido de los pasos de una tribu de salvajes que atraviesa la soledad? No; es el viento de la maledicencia que sopla para apagar el fuego sagrado del patriotismo; es la voz desconsoladora que hiela en el corazón el amor á los grandes hechos, á las empresas generosas, á los sacrificios sublimes. ¿Qué más es? Es el baldón, la ignominia, la ingratitude.

Triste época aquella que alcanza un pueblo en que la calumnia que hierre al ciudadano particular corre con salvoconducto de la ley; pero época sobre aciaga calamitosa es aquella en que la calumnia se ceba en la virtud excelsa, en la abnegación ejemplar, en la sublimidad del sacrificio de los que fueron padres y fundadores de la República, y vuela en alas de la prensa, y salva los límites de la Nación, y pasa los mares, y va á regocijarse en España á los antiguos enemigos de Colombia; calumnia protegida, animada por la Constitución y cubierta con la máscara de la cobardía.

—“Ya lo veis? dirán los hijos de Morillo, de Monteverde, de Boves, de Zuazola y de Antioñanzas, ya lo veis? esos son los hombres de Colombia, los patriotas que se decían inmaculados, que echaban á los gobernantes y empleados nacidos en España por que lo probable era que ellos serían los llamados á reemplazarlos. Esos son los mentidos demócratas que no tuvieron la conciencia de que entraban en una verdadera revolución social y política que debía atrancar de cuajo las instituciones coloniales para implantar el régimen republicano. Querían la independencia, pero no la libertad ni la democracia; querían echar á los españoles, pero querían quedarse con el régimen y aprovecharlo, reemplazar, pero no redimir. Bolívar, el mismo Bolívar á quien la historia pinta como héroe, apellidándolo Libertador; el mismo Bolívar de Junin, de Boyacá y de Carabobo, aquel

que anda en boca de la Fama y cuyos magnos hechos sirven de tema al canto de los poetas, Bolívar que consumió su fortuna en la revolución y murió pobre, Bolívar mismo así procedió.”

Estas frases que se atribuyen por unos al Presidente de la República y por otros al último ex-Ministro de Colombia en Venezuela, si, disonarian en boca de un español ilustrado, no, no pueden ni suponerse en las de hombres que blasonan de patriotas; de hombres, que van humildes el 20 de Julio á botar coronas á la estatua del Libertador. \*

Y ya que mentamos ese gran día, que es, mal que les pese á los pseudo-liberales, el gran día de la Patria, nosotros suplicamos desde hoy al *Diario* nos conceda el derecho de reproducción de su artículo en las columnas de nuestro periódico para el 20 de Julio de 1874, como el homenaje de gratitud que se rinde por aquellos á los servicios eminentes de los fundadores de la República. Ese artículo será en el día de la conmemoración de los mártires de la Independencia lo que las canciones desvergonzadas que cantaban los soldados que volvían victoriosos tras el carro de César cuando caminaba en triunfo al Capitolio. Un país que ya paganizándose, es fuerza que imite hasta en esto á los paganos de Roma.

No fué el amor de la Patria, que agonizaba bajo el fiero yugo, ni el amor santo de la independencia y de la libertad los que movieron á nuestros padres á desafiar el coloso penin-

\* Las palabras de bastardilla son del editorial del *Diario de Cundinamarca*.

\*\* Si la voz pública que atribuye el artículo antinacional del *Diario* á esos sujetos se engaña, la culpa la tiene el periódico que admite el anónimo, el anónimo en todas sus formas, en todas sus columnas, el anónimo siempre. Oímos ya apellidar á la calumnia; en el presente caso hay un remedio heroico para hacerla desaparecer: firmar; y en todos los casos paralelos á éste, firmar.

sular, y arrostrar sus iras, y á luchar sin armas, soldados bisonios, por más de dos lustros hasta arrojar al último soldado español al Océano, como decía Bolívar; no, no fué ningún sentimiento generoso el que les hizo quemar los pergaminos de su nobleza en el altar de la Patria, y sacrificar sus fortunas; y poner el pecho á las balas, y padecer hambres y desnudez en los trances de las emigraciones ó sufrir el horror de las mazmorras, ó caer entregando su espíritu á Dios, clamando: Viva la Patria! Viva la Libertad! ya en el campo del combate, ya en el doloroso patíbulo, no; fué un sentimiento egoista, por que “si ellos echaban á los gobernantes y empleados nacidos en España era por reemplazarlos; porque querían quedarse con el régimen y aprovecharlo; reemplazar pero no redimir.” \*

Cuando Nariño, el mayor y más grande revolucionario de América, tradujo y publicó *Los derechos del hombre y del ciudadano*, código de la democracia, tea espantosa que despues de haber incendiado á Francia sigue incendiando al mundo; no supo lo que hizo, “no tuvo conciencia de que entraba en una verdadera revolución social y política que debía arrancar de cuajo las instituciones coloniales para implantar el régimen republicano.” \* Supieronlo si los españoles que lo condenaron á largo ostracismo, y sabenlo mejor que él los que ahora baldonan su memoria y tratan de dar lecciones de patriotismo al cautivo de la Carraca de Cádiz.

Cuando Girardot, aquel mancebo generoso que fué terror de las huestes españolas, escaló la escarpada cima del Bárbrula llevando en mano la bandera republicana, y cayó herido en la frente como Desaix y como él murió victorioso, Girardot “no quería redimir su Patria sino reemplazar á los peninsulares.” \*

Y cuando Ricaurte despidió con

voz imperiosa á los soldados que le acompañaban en la guarda de San Mateo, y tomó el botafuego y, suicida terrible, dejó de pensar en Dios para pensar en la Patria é incendió el parque; Ricaurte “quería la independencia, pero no la libertad ni la democracia; quería echar á los españoles para quedarse con el régimen y aprovecharlo; reemplazar pero no redimir.” \* Soñaba tal vez en aquel momento supremo, en que jugaba el destino futuro de su suelo natal con una eternidad aterradora, con la Presidencia de Colombia ó cuando ménos, oh vulgar ambicion! con ser Ministro de la República en Caracas.

Ah! quien se atreve á vilipendiar una heroicidad tan pasmosa como la de los Próceres, no hubiera dejado en la época de la guerra de Independencia de ser uno de los más abyectos esbirros de Sámano, de Enrile ó de Warleta.

Debia haber una ley en la república que condenara á silencio eterno ó á eterna infamia á todo aquel que se atreviera osado á tocar con mano sacrilega los sepulcros que encierran los huesos trabajados de los mártires de la Patria; ley que levantara la espada de la justicia sobre esos criminales de lesa-gratitud, y que repitiera la palabra consagrada en la leyenda italiana: *Guai a chi la toccherà!* Si! ¡ay de aquel corazón helado con la fria brisa del egoismo, que mide por sus propios sentimientos los sentimientos de los magnánimos! ¡ay de aquel que mide por la ruindad de sus aspiraciones la aspiración sublime, el rapto heroico de acometer empresa que parecia imposible! ¡ay de los menguados que valoran por su cobardía de tímidas mujeres el arrojado de los héroes, por su apego á los bienes de un momento el sacrificio de la vida, por la comodidad del tiempo los goces de la gloriosa inmortalidad. Ayl sí! de quien toque el Arca santa que

\* Palabras del *Diario de Cundinamarca*.

\* Palabras del *Diario de Cundinamarca*.